



LA MOSCA

Luisa era una niña bonita bastante mimada por sus padres, porque la pobrecita había estado muy delicada de salud hasta la edad de cinco años, y para no hacerla llorar, para no hacerla sufrir más de lo que ya sufría con su pícara enfermedad, el padre y la madre le habían dado todos los gustos, no contrariándola nunca.

Cuando Luisita se puso buena, entonces fué cuando se notaron los defectos garrafales que había adquirido, y se pensó en corregirla, empezando por decirle con los mejores modos que debía ser obediente y no tener mal genio, ni ser colérica, porque este era uno de sus principales defectos.

Cuando alguna, rara vez, se ponía á trabajar y le sucedía que se le enredaba el hilo, poníase la niña furiosa y terrible hasta romper el hilo despues de enredarlo todavía más de lo que estaba. Si peinaba los pelos, un poco rebeldes en verdad, de su muñeca, pronto se impacientaba, y con el peine le arrancaba la peluca, y con tal fuerza,

que más de un peine rompió la niña en análoga circunstancia.

Tenía un bonito gato, blanco y rubio, todo un señor gato, que la quería mucho y era muy jugueton: pues el pobre animal, cuando se acercaba á la niña y saltaba sobre su falda, solía llevar unos manotones que le volvían tonto, porque la señorita estaba de mal humor por cualquier fútil motivo.

También el perrito que había en la casa, un animalito muy honrado y con todo el mundo afable y cortes, solía recibir de Luisa puntapiés impropios de una niña, cuando precisamente se ponía á festejarla haciendo á la ingrata mil caricias, que por ser de un perro, no eran menos dignas de aprecio.

Cada vez que se le reprendía alguno de aquellos movimientos de impaciencia, prometía que ya no lo haría más; pero pronto se le olvidaba el buen propósito, y volvía á las andadas.

Un día, queriendo hacer un vestido muy majó á la muñeca, Luisa se puso á trabajar muy aplicada, al parecer,

delante de una mesita de labor donde estaban la muñeca, el neceser con el hilo, el dedal, las agujas y las tijeras, y la rica tela del proyectado vestido de la afortunada muñeca.

Pues, señor, empezó la niña á hacer un pespunte, no muy perfecto por cierto, cuando una mosca fué á colocarse sobre las primeras puntadas.

Luisa dió un soplo á la mosca, y la mosca dejó el sitio y se trasladó á la punta de la nariz de la niña, que haciendo un movimiento de cabeza, se quitó la mosca de las narices.

Un instante despues, sintió la niña cierta humedad sobre su labio superior, y tocándose, advirtió que era tinta; la mosca, que habia mojado las patas en un tintero, acababa de pintarle dos rayitas sobre el labio.

¡Maldita mosca! exclamó la niña, limpiándose; si vuelves te aseguro que vas á acabar de hacer gracias.

Pero la mosca no debió entender la tremenda amenaza, porque continuó revoloteando alrededor de la niña, y poniéndosele encima de en cuando en cuando.

Luisa movia la cabeza á derecha é izquierda, subia y bajaba los brazos, y comenzaba á impacientarse y á encolerizarse. De pronto, la niña pega un puntapié, no sé si con intencion de matar así á la mosca, y derriba la mesa de labor, el neceser y la muñeca, que al caer perdió la nariz y recibió una herida en la frente, que ni con tafetan inglés podia curarse.

En lugar de recoger el neceser y la muñeca y levantar la mesa de labor, la niña se pone de pié y emprende la persecucion de la mosca, y para alcanzarla, emplea sucesivamente el pañuelo, los zorros, el plumero, la esco-

ba, el fuelle, y en fin, todo lo que encuentra á mano.

Sin asustarse de tan tenaz persecucion, la mosca vuela de aquí para allá, y va á posarse en el cristal de la ventana, donde en vano procura aprisionarla la rencorosa niña.

Luisa imagina entónces ahogar al insecto, y coge el jarro del lavabo, y arroja el agua sobre la vidriera, y si bien no alcanza á la mosca, ella se pone perdida.

Continúa persiguiendo á la mosca con el jarro en la mano, un jarro magnífico por cierto, y de pronto tropieza no sé en qué, y el jarro cae al suelo y se hace pedazos á los piés de la niña, cuyos zapatitos de raso azul reciben el agua que habia quedado.

Al ruido, acude la mamá que estaba en la habitacion inmediata, y encuentra á la niña en el estado de agitacion que pueden Vds. figurarse.

—¿Qué es esto? exclama la madre. ¡Jesus! ¡cómo está la habitacion!... ¡Parece que ha estado aquí un batallon de diablos! ¿Qué ha sido esto, Luisa?

—Ha sido, dice la niña, un poquito excitada, ha sido... una mosca.

—¡Jesus! ¡una mosca ha hecho todo este destrozo!... ¡ha tirado la mesa patas arriba; ha roto la muñeca, y ha cogido los zorros, el plumero, el fuelle y roto el jarro del lavabo!... ¡Nunca hubiera yo creído capaz á una mosca de cometer tales excesos. Será de fijo una mosca tan grande como tú.

—No, mamá, pero me ha estado incomodando mucho, y yo... persiguiéndola... he tenido que desarreglar el cuarto un poco.

—¡Un poco! repitió la mamá severamente, ¡y todo por una mosca! En adelante, ya tendré yo buen cuidado de no

dejarte sola en una habitacion donde haya algo que puedas echar á perder. Voy á quitar de tu cuarto los muebles todos, y te contentarás con sacudir las paredes cuando persigas á una mosca. Tampoco permitiré que se acerquen á ti el gato y el perro, porque si con tanta fiereza persigues á una mosca, ¿qué no harás con esos pobres animalitos

que no tienen alas para ponerse fuera de tu alcance?...

Luisa avergonzada y conociendo que su madre tenía mucha razon, prometió no dejarse dominar nunca más por la cólera, y cuentan las crónicas que cumplió su promesa. Desde aquel dia fué Luisa una niña dulce, tierna, compasiva y tolerante.

C. DELEYRE.

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

Habeis nacido, tiernos niños, en un período histórico de inquietud y perturbacion, y por tanto no habeis conocido en vuestra patria muchas grandes instituciones que un dia fueron su gloria, parte mínima de la que reportaban al mundo, y que en este siglo orgulloso fueron derrocadas y barridas por el huracan violento de las revoluciones.

Las principales de estas instituciones salvadoras, material y espiritualmente, eran las órdenes religiosas. Dando frutos de santidad para el cielo, y de caridad para la tierra, pasaban haciendo bien por el universo, como su divino inspirador; pero cuando más propagadas estaban, cuando más habian derramado sus beneficios, un mal espíritu, enemigo del catolicismo que en ellas encontraba luz y sosten, levantó sucesivamente en varias naciones las tormentas del escepticismo y de la impiedad, que las hicieron desaparecer en muchas de aquellas, dejando ese espíritu como fruto de su furor las tinieblas y el vacio.

Mucho habreis oido hablar de dichas instituciones, de las órdenes religiosas:

para alguna tibia defensa de ellas que haya llegado á vuestros oidos, cien impugnaciones apasionadas las habrán motejado injustamente ante vosotros, ya por sujetos de escasa ilustracion que para juzgar en tan árdua cuestion nunca se han extendido más allá de las tapias de su pueblo, ya por otros que, siendo lince para los defectos de las personas y topos para la belleza de las cosas, se habrán dejado arrastrar por el fanatismo de la incredulidad.

Justo será, pues, que cuando llegueis á edad adecuada en que podais por vosotros mismos desentrañar la verdad en esta acalorada controversia, lo hagais con ánimo sereno y propósito recto, bien acudiendo al raudal de la tradicion, bien á las enseñanzas de la historia. Ateniéndome á una y otra, y considerando la materia desde un punto de vista general, yo os daré algunas someras ideas sobre las órdenes religiosas, ideas que aunque inconexas é insignificantes os inspirarán hácia ellas el respeto que se merecen.

¿Veis esos hombres que reclusos voluntariamente en un vasto edificio, ves-

tidos con tosco sayal, alimentándose sóbriamente, consagran su vida al silencio, á la mortificacion, á la oracion y al trabajo?

Pues esos hombres, libres un dia en medio del mundo corruptor y corrompido, sintieron hastío por las riquezas,

los honores y los placeres; y siguiendo tras la secreta voz que los llamaba á la soledad, se alejaron de él, y reunidos en vida comun, comenzaron á practicar las virtudes opuestas á aquellos tres poderosos móviles, origen de grandes iniquidades, profesando ántes



con deliberacion y solemnidad no faltar nunca á los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Estos son los caracteres comunes á todas las órdenes religiosas; estos son sus puntos cardinales. Más ó menos clausura, algun otro nuevo voto, variedad de trabajos especiales, distintos grados de rigidez, constituyen las diferencias que sobre aquel fondo general se notan en las sábias reglas de la gran familia religiosa.

¿Cuál es la mision, direis, de estas colectividades? Atender á la justificacion de sus individuos, derramar el

bien sobre sus hermanos del siglo por medio de la oracion y de la caridad, contribuir á la defensa y propagacion del cristianismo y presentar siempre viva la práctica de los consejos evangélicos que tan duros parecen en el vaiven del mundo bajo la influencia de las humanas pasiones.

Siempre que al embate de la herejía, de la injusticia y del escándalo ha parecido que la Iglesia iba á sucumbir acosada por sus eternos enemigos, Dios le ha suscitado defensores y salvadores, que han sido las diferentes órdenes religiosas, apropiadas á las ne-

cesidades de cada combate y de cada siglo. Desde la época del insigne padre San Antonio que en las asperezas del desierto dió más completa forma á la vida religiosa, hasta el pasado siglo en que el santo Alfonso María de Li-gorio creó las últimas congregaciones

que figuran en la historia, ésta pre-senta una innumerable multitud de institutos y fundaciones que, con di-versidad en los medios empleados, han ido siempre á reunirse en el fin comun de la defensa de la Iglesia y el bien de los mortales.



De aquí la division primordial de las órdenes religiosas. Estas son, en efecto, *sábias ó apologistas*, las cuales con la palabra ó el escrito, con la predicacion y la enseñanza, en campos y ciudades, se consagran á combatir el error y á defender la verdad. *Contemplativas* que, fundadas en el amor de los bienes sobrenaturales y en el desprecio de las cosas terrenas, exaltan el espíritu á las más elevadas regiones del amor y la penitencia, y con la expiacion de voluntarias víctimas inocentes quieren atraer la bendicion sobre sus semejantes, como en otro tiempo Moisés leván-

tando sus manos al cielo, atraia desde el monte la victoria sobre los hijos de Israel, que combatian con sus enemigos en la llanura. Finalmente, hay otras que, pudiéndose llamar *enfermeras*, ó *caritativas*, en acepcion más humana, se consagran al alivio de todos los males físicos, al consuelo de todas las miserias, ya curando á los pobres dolientes, ya amparando á los desvalidos, ya asistiendo á los moribundos, ya redimiendo á los cautivos.

Si hubiéramos de recorrer la historia de estos benéficos institutos, memoria perdurable de la fe y virtud de nues-

tros mayores, veriamos que los cláustros eran asilo de inocentes, refugio de arrepentidos, conservadores del espíritu del Evangelio, ejemplo del desasimiento de los bienes perecederos, dado al mundo de ellos esclavo, fuentes inagotables de limosna, bienestar y reposo de los desheredados de la fortuna. Los hombres que se encerraron en ellos combatieron el error, conservaron la ilustracion en las tinieblas y sangrientas guerras de la Edad media; cultivaron las letras y las artes, y perpetuaron en libros inmortales las trasformaciones de los pueblos, las enseñanzas de la tradicion y los hechos de la historia. Infinidad de nombres ilustres brillan en sus anales, como en los cielos resplandecen los astros de primera magnitud. San Benito, Santo Domingo, San Francisco, San Juan de Dios, Santa Teresa, San Bernardo, San Ignacio y otros cien como estos (que sin órden y al acaso tomamos de esos mismos anales) serán siempre vivas representaciones de la verdad intelectual y del bien moral en su más elevada y sublime expresion.

Pero no sólo los hombres han llena-

do en el mundo los difíciles y santos fines de las órdenes religiosas. Tambien las mujeres, tambien las mujeres débiles y tímidas por constitucion y organismo, se han sobrepuesto á su natural flaqueza, animadas por la más encendida caridad. Ellas dejan el atractivo seductor del mundo y de sus placeres, y separadas para siempre de aquél por dobles rejas, con una clausura más estricta que la de los hombres, con una clausura completa y absoluta, se dedican como ellos á todo género de mortificacion espiritual, á la oracion, al ayuno, al trabajo, á la enseñanza, coadyuvando á los grandes propósitos de los gloriosos fundadores. Lirios de pureza, viven y mueren en soledad.

Ahora bien, decidme: tal clase de vida, tales esfuerzos ¿son propios de la naturaleza ó superiores á ella? Al reparar de buena fe en ellos, doblad la cabeza y adorad la inescrutable sabiduría de Dios.

¡Y el mundo es tan ciego que rechaza las manos que le brindan el bálsamo benéfico y consolador que ha de cicatrizar sus heridas!

ANTONIO ARNAO.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(CONTINUACION)

V.

LOS POLÍGONOS.

Vaya, vaya, mis queridos lectores, que mi amiguito Carlos debió estar desmemoriado la tarde que empezó á hablar de los triángulos.

¿Quereis creer que olvidó decir una cosa importante?

—¡Importante! ¿Y qué es ello? preguntareis.

—Pues olvidó nada ménos que decirnos el nombre general que admiten todas las figuras; nombre que debereis

recordar siempre, aunque no le hayais tal vez oído hasta ahora.

¿Cuál es? ¿Cuál es? Ya os estoy viendo como si quisiérais hacerme esta pregunta; ya se ve, ¡sois tan impacientes!

Pero, en fin, voy á manifestároslo; sí, quiero deciros que Cárlos olvidó decir que todas las figuras, cualesquiera que ellas sean, tengan muchos ó pocos lados, están comprendidas en la voz *polígono*; pero no obstante, aunque tuvo mi amiguito tal olvido, lo remedió á la siguiente tarde al empezar su lección.

Nuestro profesor manifestó á sus discípulos, ántes que nada, lo que os acabo de decir, y todos los niños extrañaron la palabra *polígono*.

Luis, al oírla, exclamó:

—¿Qué palabra tan rara, yo no voy á poder acordarme de ella!

—Sí te acordarás; ya te se hará fácil cuando te hayas acostumbrado á oírla aquí.

—Bueno; quiere decir que si no nos acordamos, tú te encargarás de repetirnosla tantas veces cuanto se nos olvide.

—Sí, sí, queridos compañeros; yo en esto y en todo quiero daros gusto: yo os repetiré todo lo que se os haya olvidado, siempre que seais aplicados y esteis atentos á mis explicaciones.

Cárlos en seguida pasó á manifestar las diversas clases de polígonos, y continuó de esta manera:

Sabemos el nombre general de toda figura, pero no el particular de cada una; ahora vamos á saberlo, pues hay tantos como lados pueda tener aquella.

Suponed que desde tres líneas con que se puede cerrar un espacio, podemos ir aumentando hasta llegar á un número infinitamente grande: ya veis

por esto cuán numerosas serán las clases de polígonos que podemos considerar.

Estoy seguro que ya estais todos pensando que será imposible acordarse de tantos nombres.

—Justamente en eso pensaba, respondió Teodoro; ¿cómo quieres tú que haya persona capaz de acordarse de un millon de nombres, ó, si quieres, de un millon de millones?

—¡Jesus! replicó Luis; pues qué, ¿tantísimos polígonos hay?

—Sin duda, continuó su jóven profesor; sin duda que es infinito el número de ellos, por más que no pueden representarse y se confundan, cuando tienen muchos lados, con otra figura de que ya trataremos; pero podeis tranquilizaros, puesto que con muy pocos nombres los habeis de reconocer todos.

Atended: tenemos el de cuatro lados. ¿Sabeis cómo se llama? Pues se designa con el nombre de *cuadrilátero*. ¿Y el de cinco?

Pentágono.

Acordaos bien, puesto que el de seis tiene otro nombre; se le llama *exágono*. Despues sigue el de siete, que tiene otro nombre, *eptágono*; despues el de ocho, se le conoce con el de *octógono*.

—¡No más, no más! exclamó repentinamente Estéban, ¿no ves que no podremos recordar todo eso?

—Sí, voy pronto á deciros los otros: no nos quedan más que cuatro; despues á todos los demas se les designa de un modo casi uniforme.

Ved cuán fácil será decir que el polígono de nueve lados se llama *enedágono*; el de diez *decágono*; el de once *endecágono*; el de doce *dodecágono*.

Ya los hemos visto todos; sólo nos

queda designar á los demas con el número de las rectas que les forman: así, si tienen trece lados, se dice *polígono de trece lados*; si veinte, *de veinte*, etc.

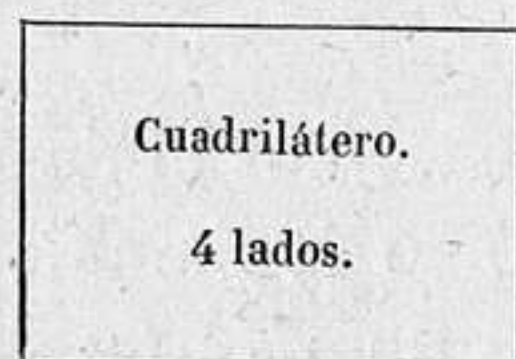
¿No es verdad que no es tan difícil como creiais recordar la nomenclatura de los polígonos? Seguro estoy de que todos la habeis de recordar muy bien. Voy ahora á representaros algunos de los polígonos.

Carlitos habia venido aquella tarde desprovisto de sus acostumbradas figuras de madera: no habia podido ir al taller de su vecino y amigo, por no haber tenido un solo rato que dedicar á cosa que no fuese sus estudios. Se veia muy ocupado, pues sus profesores le habian recargado las lecciones: ante

el aumento de trabajo, él no desmayaba, que era bastante aplicado y por nada del mundo hubiera dado lugar á que sus maestros le riñesen; pero si bien no se resentian de ello sus estudios, debian resentirse sus recreos, y nuestro amiguito se habia visto por este incidente privado de llevar aquella tarde á sus queridos camaradas las acostumbradas figuritas de madera.

Esta falta tenía un remedio fácil, y por esto Carlitos tomó una barra de lapiz blanco y trazó sobre la mesa las figuras que vais á ver. Para más seguridad de sus alumnos escribió dentro de cada una el nombre con que debia conocerse.

Ved cómo lo hizo:



Ya tenemos por lo tanto sabido cómo nuestro pequeño catedrático enmendó su olvido; pero como algo más que

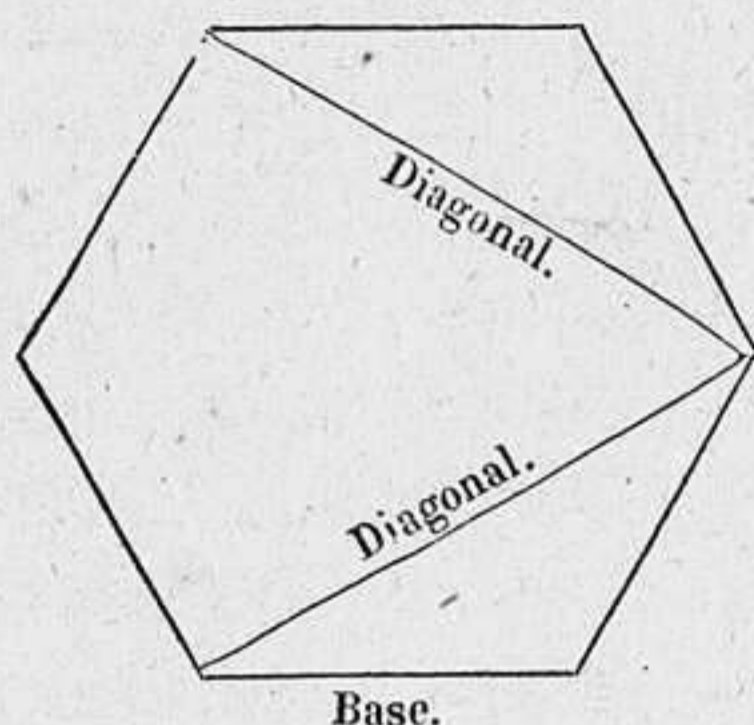
esto fué lo que dijo, os diré que también manifestó que si dentro de un polígono cualquiera se tira una recta que

una dos vértices que no estén contiguos, esa línea se llama *diagonal*.

Expresó también, y yo no debo dejar de mencionáros esto, lo que se llama base y lado de un polígono;

pero ya lo sabían los niños, y lo sabéis vosotros, puesto que hemos visto lo que eso significa en los triángulos.

Ved, pues, esta figura que os lo manifiesta:



¿Qué más os diré sobre el particular, queridos niños?

Nada por ahora, porque nuestro amiguito no quería hablar de esto sino lo necesario para poder tratar de las figuras de cuatro lados, al hacer de ellas el estudio particular que requerían. Por esto dejaba para después, como lo dejaré yo también, el tratar en general del

asunto que ha motivado este artículo.

Cárlos, pues, se limitó á lo que os he contado, en la lección de la tarde siguiente á aquella en que acabó con los triángulos, dejando advertido á sus discípulos que en la inmediata trataría de los cuadriláteros.

Ya sabéis, pues, que de esto he de hablaros en el siguiente artículo.

E. THUILLIER.

LAS MARIPOSAS

Tened por seguro, mis queridos lectores, que no hay nada que conduzca más fácilmente al conocimiento perfecto de Dios, que el estudio de sus obras.

La naturaleza es un libro abierto constantemente á las curiosas miradas de la humanidad.

En ese gran libro, sobre cuyas páginas resplandece la grandeza del Supremo Hacedor, encontrareis á todas horas provechosas enseñanzas, verdades indestructibles y maravillas sin cuento.

En ese gran libro aprendereis á bendecir á Dios, autor de todo lo creado, y aprendereis además á conocer lo breve y falaz de esta vida y de las felicidades que se disfrutan sobre la tierra, siendo este el punto principal en que voy á ocuparme en el presente artículo.

Dentro de esa misma naturaleza hay una cosa que puede servir perfectamente al objeto que me propongo.

Es una cosa por la que todos los niños habeis demostrado siempre una especial predilección.

Es una cosa que os seduce, y que tan pronto os arranca exclamaciones de alegría, como os hace prorumpir en amargos y dolorosos suspiros.

Hablo de las mariposas.

¿Quién de vosotros, mis pequeños lectores, no habrá corrido una y muchas veces en pos de ese pintado y jugueton insecto?

¿Quién de vosotros no habrá seguido anhelante los giros y revueltas de las mariposas, que con tanta facilidad se burlan de la astucia y de la habilidad de todos los niños?

Cualquiera diría que las mariposas son las encargadas de hacer ver á la humanidad que todo cuanto existe en el mundo es transitorio y deleznable.

No hay nada que me entristezca tanto como ver correr á un niño detras de una mariposa.

El ¡ay! lanzado por el niño cuando advierte que se le escapa el alado insecto, me ha parecido siempre el eco lastimero que nos arranca una ilusion perdida, una esperanza frustrada.

La felicidad, á semejanza de las mariposas, desaparece por lo regular del alcance de nuestra mano en el momento en que vamos á apoderarnos de ella.

La felicidad, como las mariposas, se aleja de nuestro lado, sobre todo cuando nos proponemos seguirla y accharla.

Las mariposas revolotean de flor en flor, causando la admiracion y la envidia de todos los niños: la idea de la felicidad se agita en nuestros corazones, sin que logremos casi nunca revestirla del modo que deseamos.

Es una idea que se nos escapa con la misma facilidad con que las mariposas

se escapan del alcance de los niños.

Es una idea que se nos presenta bajo distintas formas para enloquecernos y desorientarnos, y así como un niño en presencia de muchas y variadas mariposas no sabe por cuál decidirse, la humanidad, en medio de sus encontrados deseos y aspiraciones, tambien vacila y duda sin saber á qué lado inclinarse.

¡Cuántas veces al vernos dueños de la felicidad que habiamos soñado, prorumpimos en gritos de alegría, sin advertir que casi todas las felicidades que nos ofrece el mundo no duran más que lo que el pensamiento tarda en concebirlas!

¡Cuántas veces, lectores míos, nos entusiasmamos al hallarnos en posesion del objeto deseado, y cuántas veces tambien al fijar en él nuestras miradas le vemos convertirse en polvo como la mariposa aprisionada entre las manos de un niño!

La humanidad, movida constantemente por los impulsos del corazon y del pensamiento, sostiene consigo misma una lucha igual, ó muy parecida, á la que sostiene el niño cuando persigue sin tregua á la inquieta y pintada mariposa.

Es una lucha que por cada esperanza que realiza nos proporciona un sinnúmero de desengaños; es una lucha que nos pone de manifiesto todos los errores y todas las miserias de la vida, es una lucha que acaba por fatigarnos y por aburrirnos.

La felicidad, como las mariposas, huye siempre de nuestra vista.

Ahora bien, lectores míos; si quereis afianzar sobre sólidas bases el edificio

de vuestra futura felicidad, no teneis más que prescindir por completo del loco empeño de perseguir quimeras y fantasmas.

No busqueis dichas completas sobre la tierra, pues ya sabeis que la verdadera felicidad no es de este mundo.

No corrais desalados detras de la suerte, teniendo casi la seguridad de que sólo habeis de recoger amarguras y desengaños.

Formad la saludable costumbre de recibir con resignacion y paciencia toda clase de contratiempos y adver-

sidades, y acatad humildemente los designios de la Providencia.

Depositad vuestra confianza en Dios y esperadlo todo de su bondad y de su misericordia.

Y no olvidéis, por último, mis queridos niños, que así como las mariposas pasan de flor en flor sin fijarse apénas en ninguna, del mismo modo las satisfacciones y las alegrías de la vida pasan rápidamente á nuestro lado y van á dejar en el fondo de nuestros corazones el triste recuerdo de unas cuantas esperanzas perdidas.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

EL PRIMER PASO

I

A la orilla de la playa
que besan del mar las ondas,
donde en espuma deshechas
se ven las más orgullosas,
y al fondo del mar se vuelven
perdida su fuerza toda,
porque al llegar á la orilla,
apénas su arena mojan,
todo su furor desmaya
y allí su impotencia lloran;
... dos niños sin experiencia,
nacidos en pobre choza,
juegan con una barquilla
que, atada á una cuerda, flota
mecida por el continuo
movimiento de las olas.
Los niños al ver su barca
rien y saltan y gozan,
y son los dos muy dichosos
viéndola mecerse airosa.
De pronto la barca se hunde,
y algunas olas furiosas,
rompiendo en bullente espuma,
rodear á los niños logran.
Huyen estos asustados;
y cuando la vista tornan
buscando la débil barca,
encuentran la cuerda rota,

y la barca, mar adentro,
que, juguete de las ondas,
si una á la playa la acerca,
otra más léjos la arroja.
—¿Qué haremos? dicen los niños;
va á estrellarse en esa roca.
—Yo entro á buscarla; ¿me sigues?
—No me atrevo; ¿y si te ahogas?
—No tengas miedo, las aguas
lo acercarán... Ven... ahora.
Y aquellos niños, ansiosos
de poder salvar su obra,
entran en el mar... y el barco
cada vez más léjos flota.
Mas no se paran; desean
recobrarlo á toda costa;
las aguas de vez en cuando
la distancia les acortan,
y por lograr el vehemente
deseo que les acosa,
mar adentro tras la barca
van marchando sin zozobra,
porque al que dá *el primer paso*
nada detenerle logra.
.....
Ya el agua cubre sus hombros;
más léjos la barca asoma;
quieren volver y no pueden;



lanzan voces angustiosas,
y se pierden sus gemidos
como la barca en las ondas.

II

Tambien en la vida hay mares
de bellas brillantes olas;
si en esos mares un dia
el hombre su planta posa,
mar adentro va arrastrado
tras los placeres que ignora,
y que esos mares le ofrecen
cada dia, á todas horas.
La virtud está en la orilla;
y contra esa playa chocan

las ondas más halagueñas
y las más fascinadoras,
porque al llegar á esa playa,
apénas su arena mojan,
las ondas del vicio mueren
cuando su impotencia tocan.
... Pero el que dá *el primer paso*
y esas playas abandona,
tarde será cuando quiera
lanzar voces angustiosas
que en el mar de los placeres,
siguiendo su marcha loca,
se perderán sus gemidos
como la barca en las ondas.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LOS SIETE SABIOS DE GRECIA

Bajo esta denominacion se comprenden unos varones que ilustraron la Grecia y el Asia Menor con su prudencia, virtudes, discrecion y con sus talentos en el gobierno de los pueblos. Este título les fué concedido por los sabios despues de su muerte, y de aquí que algunos consideren 15 *sabios*, otros 10, y los más los 7 siguientes. Thales, Solon, Bias, Chilon, Cleóbulo, Pittaco y Periandro, que algunos sustituyen por Anacarsis. De este grupo, únicamente Solon y Thales merecen el nombre de sabios, en el verdadero sentido de la palabra, de doctos é instruidos en las ciencias.

THALES.

Thales nació en Mileto 640 años antes de J. C., de la familia de Cadmo, el Fenicio, que llevó á Grecia el primer alfabeto que ésta tuvo. Thales, el hombre extraordinario, que debia reunir á su alrededor numerosos discípulos, se cree que no tuvo maestro; comenzó por estudiar las leyes de su pais, y con tal éxito, que al cabo de poco tiempo era un gran político, y supo enseñar á su patria la manera de gobernarse libremente, y conservando su autonomía sin perjudicar la unidad y poderío de la federacion de que formaba parte. Cuando vió que su patria podia pasarse sin sus servicios, por tener ya hombres de Estado, se entregó á sus estudios favoritos, haciendo grandes progresos en moral, metafísica, astronomía, matemáticas, física, etc. En tanto se iba empobreciendo y los positivistas de Mileto le vituperaban porque consumia sus facultades intelectuales en

estudios que no le restaurarian en sus intereses. Entónces, para demostrar á sus irónicos censores los beneficios que reporta la ciencia cuando se la aplica á especulaciones prácticas; habiendo previsto con sus conocimientos en metereología que aquel habia de ser año de buena cosecha, alquiló todas las prensas de aceite á muy bajo precio, pues no hizo público dicho descubrimiento. Llegó la época de la cosecha, que en efecto fué abundantísima, y todos se apresuraron á realquilar á toda costa las prensas, con lo cual recuperó de una vez su fortuna perdida. Esta leccion no atajó las burlas de que era objeto Thales. Un dia que este salió á paseo en compañía de una vieja, absorto en la contemplacion de los astros, no reparó que andaba junto á un foso y cayó en él.—¿Cómo, pues, exclamó la vieja, podeis ver lo que pasa en el cielo, si no veis siquiera lo que está á vuestros piés?—Esta ocurrencia no ha caido en saco roto, pues la vemos reproducida en prosa y en verso, en fábulas y en sátiras aplicadas á las situaciones de nuestros dias. En cuanto á los conocimientos de este sabio en ciencias físicas y exactas, podriamos hablar de los medios de que se valia para explicar las inundaciones del Nilo, la teoría de la unidad de materia tan en boga entre los químicos modernos, el descubrimiento de las propiedades atractivas del iman y del ambar ó *ηλεκτρον* etc., etc. Sus adelantos en astronomía le permitieron pronosticar un eclipse total de sol, y como su aparicion se efectuó al cabo del tiempo por él fijado, su repu-

tacion quedó desde entónces sólida-mente sentada. Fué el único de los siete sabios de Grecia que obtuvieron durante su vida el aprecio de todo el pueblo en tan alto grado, y que, admirado en vida, fuese casi venerado despues de muerto. Con todo, la modestia de Thales no era menor que la de sus doctos compañeros, como nos lo prueba la anécdota siguiente: Unos jóvenes habian comprado de antemano la pesca que unos marineros iban á sacar en las redes; pero fué el caso que entre ella encontraron un trípode de oro, cuya posesion se disputaron tenazmente. Por fin resolvieron acatar el fallo del oráculo, quien les mandó que lo entregasen al más sabio, en vista de lo cual, fué entregado á Thales, cuya modestia no le permitió aceptar, y así él lo envió á Bias, este á otro sabio y así corrió el trípode de mano en mano todos los sabios, hasta que fué á parar á Solon. El sabio legislador lo envió al templo de Apolo en Delfos, diciendo que nadie habia más grande que Dios. Cuando Thales viajaba por Egipto, el rey Amasis, que le habia acogido con suma benevolencia, le facilitó la entrada en el templo donde los sacerdotes encerraban y guardaban celosamente sus grandes y precoces adelantos en las ciencias; en cambio Thales les enseñó y aclaró muchos é importantes principios, dejándoles admirados cuando por medio de la sombra midió la altura de las pirámides (1). Mas aquel rey se pre-

ciaba de erudito y quiso que Thales le hiciese el honor de reconocerlo y proclamarlo en público; y el filósofo, conociendo que la verdadera sabiduría no debia prostituirse á los piés del trono, huyó á Creta. De regreso á su patria, tuvo la debilidad de querer luchar á los 80 años en los juegos olímpicos: lo caluroso de la estacion, el cansancio y los achaques le condujeron rápidamente al sepulcro. Laercio afirma que murió soltero.

SOLON.

Solon es sin duda de los sabios de Grecia el que más merece el nombre de tal; no como Thales, por sus conocimientos astronómicos, matemáticos, físicos, etc., sino por sus hazañas y por su legislacion, obra maestra de la antigüedad. En el año 639 ántes de J. C., nació Solon en Salamina, de la descendencia de Codro, último rey de Atenas, que habiendo sabido por el oráculo que en la guerra entre Dorios y Atenien- ses, venceria aquel pueblo cuyo rey fuese muerto, se arrojó en lo más recio del combate, sacrificando su vida por la libertad de su patria. Como la mayor parte de los filósofos antiguos, viajó por Egipto para estudiar, meditar y comparar; al volver á su patria, ya enterado de las instituciones de aquella sábia nacion, siendo todavía muy joven, fué encargado del mando de las tropas que debian recobrar á Salamina, su ciudad natal. Más tarde, los Criseos, pueblo de la Jócida, habiendo entrado á saco en la ciudad y templo de Delfos, fueron exterminados por los atenienses, gracias á la sagacidad y táctica de Solon. Algunos de aquellos sacrílegos se refugiaron en Cyrra, contra

(1) Quizás tambien nuestros jóvenes lectores se extrañarán que por medio de la sombra que proyecta un objeto se pueda medir la altura de este; y así me apresuro á darles á conocer esta sencilla aplicacion de la geometria. Supongamos que queremos medir la altura de una torre; que su sombra tiene 200 piés de largo; que nuestro baston tiene 3, y finalmente, que clavado paralelamente á la torre dá una sombra de 4 piés de largo. Una simple proporcion nos dará el resultado apetecido:
 $4 : 3 :: 200 : x \quad x = \frac{3 \times 200}{4} = 150.$ Luego la torre tiene 150 piés de alto.

cuyos muros se estrellaban los esfuerzos de los atenienses. Consultado el oráculo, dijo: «En vano pensais derrocar las elevadas torres de Cyrra, mientras no bañen las espumosas olas del Anfitrites las orillas de la tierra sagrada.» Esta contestacion, que empezaba á desalentar con rapidez pueblo y tropas, fué oportunamente interpretada por Solon, de la manera siguiente: «No puede ser que los dioses se opongan á que vengamos tan grave ofensa como se les ha hecho; por tanto, nos quieren indicar que consagramos al templo de Apolo toda la extension de terreno que lo separa del mar.» Pero á pesar de todo, la ciudad continuaba resistiendo; ni las estratagemas de Solon, ni el cambiar el curso del rio que la abastecia, lograron la tan deseada victoria. Entónces se le ocurrió á Solon echar eléboro en aquellas aguas y volverlas á su curso natural, y los habitantes, que se veian obligados á beber el agua de los pozos y cisternas del interior de la ciudad, así que entró de nuevo el rio en ella, fueron en tropel á saciar su sed con aquella abundante purga, lo que causó en ellos la disentería y una debilidad, de la cual se aprovecharon los atenienses para asaltar é incendiar á Cyrra.

Elegido presidente de la república, Solon derogó las crueles leyes de Dracon é hizo otras muy sábias, que escritas en un grueso libro, estaban expuestas en una especie de facistol clavado en la plaza pública. En esta legislacion no hay leyes contra los parricidas, porque su autor no comprendia que pudiese haberlos; en ella se establece la mayor parte de los derechos indivi-

duales modernos, la libertad de enseñanza, de profesion, de asociacion, la soberanía nacional y otros principios, tales como los proclaman las sociedades modernas.

Contra lo que se podia esperar de un pueblo tan veleidoso como los atenienses, observáronse estas leyes durante la ausencia de Solon y de tiranía de Pisístrato y algunos de sus sucesores. A la sazón, el legislador viajaba por Creta, Candía, Palestina, y al pasar por la Lidia fué llamado á la corte del rey Creso, que le hizo su consejero privado; cargo que desempeñó durante muchos años, pues preferia expatriarse á vivir en Atenas tiranizado por Pisístrato. Un dia Creso, habiéndosele mostrado en toda su magnificencia sin igual, preguntó á Solon si habia visto cosa más hermosa. Sí, respondió éste, los pavos reales, faisanes y gallos, pues es natural su hermosura, en vez de que la tuya es artificiosa. Visto el desagrado que produjo en el rey esta contestacion, el fabulista Esopo dijo en confianza á Solon: «no debe uno acercarse á los reyes, ó de lo contrario, sólo se les puede decir cosas agradables.» Querrás decir, replicó Solon, que ó no acercarse ó decirles cosas útiles y saludables. Despues de haber fundado este legislador la ciudad de Solos en Sicilia, pasó á Chypre, donde murió á la edad de 90 años. Segun lo habia dispuesto en su testamento, sus restos fueron quemados y diseminados por toda la tierra de Salamina. Los atenienses, en consideracion á sus virtudes públicas y privadas, le levantaron una estatua en que le representaban en pié y con su libro de leyes en la mano.

(Se continuará.)

W. NOEL.





LA ALMOHADITA DEL NIÑO

(POESÍA DE MADAME PESBORDES Y ALMORE)

Blanda y suave almohadita que tan dulce descanso prestas á mi cabeza, que se hizo para mí con escogido vellon y fina y blanca tela; cuando se tiene miedo del viento, de los lobos y de la tempestad, ¡qué tranquilamente se reposa sobre ti!



Muchos, muchos niños, pobres, desnudos y sin madre, no tienen almohada en que dormir. ¡Qué amarga es su suerte! ¡Madre, madre mia, pensarlo sólo me hace llerar!



¡Y cuando he rogado á Dios por esos angelitos que no tienen almohada, me abrazo con la mia en este nido que tú me has hecho, y por ello te bendigo, madre mia!



¡No despertaré sino cuando el resplandor del alba brille sobre mi azul mosquitero tan bella y alegremente! Pero ántes de dormirme diré de quedo la más tierna de mis oraciones. ¡Dame otro beso, madre, y buenas noches!

ORACION.

¡Dios de los niños! atiende á los ruegos que del corazon de un niño suben á ti. ¡Ay! ¡qué me han hablado de huérfanos sin familia! ¡Dios mio! ¡Haz que de aquí en adelante no haya más huérfanos!



Haz que cuando llegue la noche descienda un ángel consolador para acallar las voces que gimen y lloran, y pon debajo de la cabeza de los niños, que sus madres abandonan, una almohadita para que puedan dormir.

FERNAN CABALLERO.